

Unos relatos escritos por Gonzalo Rodas Sarmiento, pertenecientes al libro "Unos sucesos ocultos".

Hombre de ninguna parte

La de cosas que diré cuando pueda hablar nuevamente. En esa noche negra les dije de todo, hasta que uno de los proyectiles me impidió sacar las palabras. Mis insultos se quedaron flotando en el fondo de la quebrada, y no me los contestó sino mi propio eco.

En el trayecto, en la espera, en la ejecución, y también antes, cuando me llevaban esposado a la cárcel de Tocopilla, yo, iluso, creía que se trataba de una equivocación y que todo iba a arreglarse. Es que no tenían de qué acusarme, y por más que buscaba en las capas geológicas de mi conciencia, no descubrí siquiera un atisbo de motivo. Para entonces, ya me consideraba un hombre hecho y derecho, a mis veinticinco años. Pero, ahora que miro desde aquí, lo veo todo tan distinto. Si yo era apenas un niño que recién se empinaba.

-Ciudadano Segundo Flores -llamó el guardia. Sentí que me decía "ciudadano de segunda clase". Y eso es lo que estaba siendo. De malas ganas acudí al llamado, sin imaginarme lo que vendría.

Solamente el padre José me llamaba por mi nombre, Norton. Era el capellán de la prisión y trataba de inculcarme una resignación que jamás podrá entrar en mí. Me decía que me arrepintiera de mis pecados. No logré comprender esa manera suya de darnos ánimo.

Cuando de niño jugaba con soldaditos de plomo, no imaginé que podían pasar cosas como éstas, y que con el plomo de los soldados me mandarían al otro mundo.

Algún día despertaré de este largo sueño, bañado en sudor, aunque no todo en él ha sido pesadilla. También estoy soñando cosas bellas, al mirar desde una perspectiva diferente. Veo que todo lo que yo había venido a hacer a esta tierra, alguien lo está haciendo por mí, generosamente, a cambio de nada.

Y pensar que mi vida fue derramada para lograr el detestable objetivo del tirano, de someter a su propia gente, llenándola de miedo, y endurecer a los que estaban siendo demasiado humanos.

Vuelvo a la encrucijada. A ese instante que fue un final y un principio, en que mi vida se vio obligada a tomar el camino más lejano. Vuelvo a ese momento oscuro de luna menguante y ráfagas cobardes. Y me pregunto cómo sería todo hoy si el resultado del sorteo hubiera sido otro y yo no hubiera sido de esa partida. Habría sobrevivido a la masacre, y después de años de encierro y sufrimiento habría podido salir a la calle. No a mis amadas calles de Antofagasta o María Elena, sino a las calles de Europa, hablando en lenguaje extraño y criando hijos extranjeros. Hoy estaría de vuelta tratando de reconocer mi lugar, que ya no estaría en ninguna parte. No parece mucho

lo que me estoy perdiendo. Pero, es mucho más que eso. Es el contacto corporal. Me han privado de tantos abrazos y besos, que yo habría tenido. Los han postergado para otra ocasión, de un futuro que no conozco.

Al clamar justicia no estoy pidiendo volver a la vida, sino volver al prestigio, que me gané limpiamente, trabajando por el bienestar de los mineros. Sí. Aun puedo recuperar mi dignidad, pisoteada en la quebrada, esa noche, cuando el viento era el único alivio para el frío que sentí al bajar del vehículo, después de un camino interminable, donde alcancé a repasar mi vida entera, y vislumbré que ésta sería mi última noche despierto. Todas las noches que vinieron después y las que aun no han pasado, me las gastaré intentando gritar sin que la voz pueda salirme.

Ya me puedo expresar de alguna manera. Escuchen lo que dice el viento de la pampa y lo que grita el abrumador silencio de las noches sin luna. Es ahí donde puedo inscribir mi testimonio. La de cosas que diré cuando pueda hablar nuevamente.

Estamos aquí

Los cuerpos dijeron “Estamos aquí”. Y ahí estaban, realmente. ¿Cómo pudieron decirlo si sus labios habían quedado sellados para siempre? Tampoco pudieron hacer ninguna señal, porque tenían sus brazos amarrados. Sin embargo, no sólo hablaron. Gritaron en todas direcciones :

-¡Estamos aquí!

Es como para creer en los milagros. Si el dictador los había ocultado para que no aparecieran nunca más.

Los cuerpos dijeron “Estamos aquí”. Y lo dijeron con tal fuerza, que nadie pudo desconocerlo. Ni siquiera los encargados de administrar lo que quedaba de la justicia.

Con mucha energía gritaron, en ese antiguo horno. No tardaron en ser encontrados, y llevados a identificar.

Los cuerpos se mostraron con tanta seguridad en sí mismos, que al poco tiempo ya iban a ser devueltos a sus familiares para que los sepultaran dignamente, con nombre y apellido. Fue una proeza llegar hasta tal punto. Se empezó a preparar el templo para algo grandioso. Muchos deudos acudieron, desde temprano, para estar en la despedida.

Pero, el dictador decidió otra cosa. Pisoteando sus propias estructuras precarias, volvió a desaparecer esos cuerpos que habían dicho “Estamos aquí”.

El encuentro se llevó a cabo de todas maneras, y en un templo mucho más grande. Estaba repleto. Fue un funeral de cuerpos ausentes. Cantamos y lloramos, tomados de las manos, personas que nunca nos habíamos visto antes ni nos volvimos a ver después.

Una sola cosa quedó de manifiesto. Se había llegado al momento más oscuro. De ahí en adelante, tenía que empezar a amanecer.